

cándida y de escasa importancia, fué la afortunada joven predestinada á compartir el trono mas espléndido que entonces existía en toda la cristiandad. Durante el otoño de 1543, celebráronse las bodas con gran esplendor y con inusitados regocijos oficiales. Toda la nobleza de Castilla, acompañada de millares de personas de su séquito, lució sus tapices, oro y piedras preciosas; las ciudades rivalizaron en arcos de triunfo, en inscripciones ingeniosas y en iluminaciones. Todo esto, sin embargo, no llevó suerte alguna á la joven pareja: á los dos años, dió á luz la princesa María un niño, el desdichado Carlos, muriendo á los cuatro días del alumbramiento y siendo muy llorada su muerte por su esposo que parecía amarla de veras.

Al llegar á una edad en que los otros jóvenes apenas comienzan á entrar en la vida habia ya pasado Felipe por todos sus placeres, honores y contrariedades. Habia sido esposo, padre y viudo, habia gobernado un gran reino: ¿qué mas podia ofrecerle la vida para satisfacción de sus ambiciosos deseos y de su fanática religiosidad?

Cárlos V no abandonaba la idea de librarse de los cuidados del gobierno cediéndolo á su hijo; así es que, apenas hubo vencido en la guerra de Esmalkalda á los protestantes alemanes que no querian reconocer su autoridad ni la de la Iglesia, llamó á su hijo á Bruselas para darlo á conocer en los dominios de Flandes, como sucesor suyo. Este viaje debia servir además para que el príncipe conociera los distintos Estados del vasto Imperio que su padre regia y que deseaba cuanto antes transmitirle. Felipe embarcóse en Barcelona, durante el otoño de 1548, desembarcando en Génova, que á pesar de llevar el nombre de república, era en realidad poco menos que una provincia de España, cuyos empréstitos se verificaban generalmente en la ciudad marítima liguria. Mas brillantes todavía que en Génova fueron los festejos en Milan, capital de la entonces Lombardía española, y famosa por su belleza, por su elegancia y por sus riquezas. El príncipe, no solo fué acogido con toda clase de festejos, sino que recibió el presente de 120,000 ducados, acto de desprendimiento que él recompensó haciendo ricos regalos á las damas y á las iglesias de la ciudad, y organizando un torneo al estilo árabe, espectáculo no conocido, fuera de España, en Europa. Luego, con una lentitud que se consideraba indispensable en todos los viajes de los personajes elevados, dirigióse por el Tirol y la Baviera y subiendo por el Rhin, á los Países Bajos, donde le esperaba con impaciencia su padre y á donde llegó á los cuatro meses de haber salido de España.

Las diez y siete provincias de los Países Bajos habian sido unidas por herencia, por compra y por conquista por la casa de Borgoña y la de sus sucesores, los Habsburgos, formando en consecuencia un solo Estado; y aun cuando Lieja estaba separada de este territorio por un obispado-principado vecino del reino, en cambio pertenecian á él todo el Luxemburgo, con sus comarcas lorenas y prusianas del Rhin (ó sean la actual Flandes francesa y el Hainaut francés) y el Artois. Estos territorios, durante la fuerte y poderosa dominación de la casa de Borgoña habian formado un simple agregado compuesto de provincias sin conexión alguna; pero Cárlos V los libertó de los lazos que los unian con Alemania y de la dominación francesa, formando de ellos, por el tratado de Augsburgo, un Estado unido solo con el Imperio por las provincias borgoñonas, y consiguiendo despertar en todas ellas un sentimiento nacional que hasta entonces no habia existido, pues se trataban unas á otras como extranjeras (1). Asimismo procuró con gran energía dominar

(1) K. Th. Wenzelburger, *Historia de los Países Bajos* I (Gotha

el espíritu de independencia que reinaba en el país, y que con tanta frecuencia habia sido un peligro para sus soberanos; para lo cual supo utilizar hábilmente el derecho que tenia el soberano de nombrar los gobernadores de las provincias y los magistrados de las ciudades. En cuanto á la nobleza, consiguió ocuparla y debilitarla confiándole costosas embajadas y cargos públicos. Además, abolió el derecho que tenian los Estados ó Dietas de cada provincia de reunirse sin consentimiento, y á menudo contra la voluntad de su soberano, convocando á los Estados generales que, constituidos por delegaciones de todos los Estados provinciales, venian á representar á todo el país. Con esto robusteció la idea de unidad por un lado, y por otro se valió de ellos para sacar las sumas que necesitaba para sus incesantes guerras. Antiguamente solo podia obtenerse una contribucion por el acuerdo unánime de todas las provincias; pero Cárlos supo hacer ilusorio este veto que cada una de las diputaciones tenia, y obligar á los Estados generales á que hicieran las cuantiosas concesiones que él deseaba. Así consiguió el centésimo de todos los géneros exportados, y el décimo de las rentas que producian las tierras y demás bienes, y de las ganancias de los comerciantes. El veneciano Miguel Suriano (2) dice: «Los tesoros particulares del rey de España, las minas de oro de esta nacion, las de las Indias fueron las que permitieron al emperador llevar á cabo sus empresas.» Mientras de América apenas se sacaban entonces 1,200,000 ducados anuales, los Países Bajos pagaban cinco millones, no debiendo perderse de vista que el valor del dinero en tiempo de Cárlos V era cuatro y hasta cinco veces mayor que en nuestros dias. De aquí la gran importancia que España daba á la dominación de los Países Bajos, y los inauditos sacrificios que despues hizo Felipe II para conservar la posesión de un manantial tan abundante de riquezas.

Por lo demás, el emperador extendió su influencia y su acción por medio de una nueva organización del gobierno central. El Consejo privado, que hasta entonces solo habia funcionado al lado del soberano ó de sus representantes y que se componia de los hijos mas notables y mas influyentes de los Países Bajos, no ofrecia, en esta forma, garantías bastantes de sumisión al emperador y de poderosa atención á los intereses del príncipe. Por esto limitó las atribuciones de dicho Consejo á las de simple administración de justicia, confiándole para ello la confección de las leyes, la vigilancia para cumplir sus disposiciones y la administración de la policía de la nacion. Este Consejo privado se formó desde entonces con funcionarios regalistas y versados en la ciencia del derecho; y además se creó otro Consejo de hacienda, al cual se confió la administración económica. Para tranquilizar á los nacionales notables y á la misma nacion, y mitigar el descontento que podria causarles verse excluidos de estos dos supremos tribunales administrativos, creó un Consejo de Estado que, formado por la alta nobleza y el alto clero del país, se ocupaba, juntamente con el gobernador general, en la dirección y marcha que debia imprimirse á la política interior y exterior. Esto no era mas que un simulacro, pues el tal Consejo casi nunca era convocado.

Por último, comenzó Cárlos una hábil y feliz campaña contra los privilegios y algunos derechos que hacian de aquellas comarcas una provincia especial y separada de las demás, y contra la independencia municipal de ciertas ciudades. Uno de los pasos mas importantes que para ello dió fué el convertir el alto Consejo de Malinas en un Tribunal

1879). Th. Juste, *Los Países Bajos durante el reinado de Cárlos V* (Bruselas y París 1861).

(2) Alberi, I, III, 357.

supremo de justicia, que supo modificar y cambiar las costumbres jurídicas y las leyes consuetudinarias de las distintas comarcas y lugares en provecho de las leyes imperiales que en gran número se publicaron entonces. Muchas ciudades se vieron obligadas á entregar los certificados de sus privilegios.

A esto hay que agregar todavía otro hecho: la mayoría preponderante en los Países Bajos habia vivido hasta entonces en una dependencia apenas sensible del Sacro Imperio romano, pero desde el momento en que se tuvo la seguridad de que el título de rey de Romanos no pasaria á los descendientes de Cárlos, sino á la línea joven de los Habsburgos, pensó Cárlos en separar á aquellos países del Imperio y en convertirlos en una provincia española. Este objeto se consiguió en el tratado de Augsburgo, firmado en 1548, por el cual se puso á los Países Bajos en peor situación que la que antes tenian, pues de comarcas borgoñonas imperiales que eran, pasaron á ser provincia de un reino apartado é indiferente para ellos, como era el de Castilla.

El gobierno imperial de los Países Bajos que en 1531 Cárlos confió á su hermana viuda, María de Hungría, dió ocasion á muchas quejas; y si á pesar de ello los Estados de Flandes continuaron siendo fieles al emperador, fué por una circunstancia de carácter especial: Cárlos habia nacido en los Países Bajos, y su educación habia corrido á cargo de personajes de aquel país, pudiendo, por lo mismo, mientras permaneció en él, hablar el idioma flamenco y acomodarse fácilmente á las costumbres nacionales. Además para la guerra y la administración se servia de un gran número de flamencos; de suerte que su poder y su fama eran en gran parte consideradas como una glorificación de los Países Bajos.

Supo además Cárlos tratar á los súbditos de esta provincia con habilidad suma, conservando las antiguas formas, aun cuando destruyó la esencia, y armonizando la severidad con la condescendencia y la dulzura. Por esto era personalmente muy estimado. La agricultura del país, á pesar de las muchas contribuciones que sobre ella pesaban, estaba floreciente, especialmente en las provincias centrales, en las propiamente flamencas. Cárlos equiparó los comerciantes de los Países Bajos á los españoles, con lo cual reportaron aquellos grandes ventajas de los ricos productos del comercio americano, que cada año adquiria mayores proporciones. Los españoles se contentaron con llevar á Sevilla las producciones de América, al paso que los comerciantes de los Países Bajos las llevaban á todas las naciones de la Europa central y aun de la meridional. Amberes era el primer puerto y la ciudad mas rica del mundo, y constituia el gran punto de escala y de tráfico de los productos de América y del Norte y Sur de Europa. Los principales banqueros y comerciantes tenian en él sus factorías y almacenes: 500 millones de florines de oro (160 millones de reales) estaban empleados en el comercio marítimo, y su pabellon ondeaba en 4,500 buques: 500 embarcaciones de transporte entraban ó salian diariamente de aquel puerto y cada semana partian de la ciudad 2,000 carros cargados de mercancías con destino á Alemania y Francia. Sus 240,000 habitantes eran muy dados al lujo, contándose en la ciudad hasta 120 joyeros. «El mundo es una sortija y Amberes el diamante que la adorna,» decia un refran de aquella época. En el Norte tenia la preponderancia Amsterdam con la pesca del arenque, que proporcionaba trabajo y sustento á mas de 20,000 familias, y con su comercio de granos; la agricultura y la fabricación de paños, agujas, cerveza y otros artículos, habian alcanzado allí gran altura. Doscientas ocho ciudades sin murallas, 150 grandes villas, 6,300 aldeas, sin contar con innumerables

lugares y caseríos poblaban aquel rico territorio (1), donde se pasaba una vida regalada y muelle, como lo prueba el hecho de que la sola importación de vino del Rhin ascendia á millon y medio de thalers de oro (210 millones de reales).

También en estas comarcas habia echado sus raíces la Reforma, á causa del descontento general que producian la ambición, las inclinaciones mundanas y la inmoralidad de los sacerdotes (2).

Uno de los rasgos característicos de aquel tiempo en los Países Bajos, era la instrucción general del pueblo; los mismos aldeanos sabian leer y escribir, y los habitantes de las ciudades formaban centros de oratoria y de declamación. Este grado elevado de cultura contribuyó poderosamente á la propagación de la Reforma. Jacobo Sprenger, el prior de los agustinos de Amberes, demostró desde 1519 sus tendencias luteranas, y los agustinos de Amberes dieron también indicios de su afición á las doctrinas de su hermano de orden sajón. Cornelio de Chrive, de Alost, trujo al flamenco algunas obras de los reformadores, que encontraron muchos partidarios, especialmente en el Norte, donde en 1522 existia ya «una masa popular,» segun propia expresión de un decreto imperial, que profesaba las doctrinas heréticas. Fúnesto fué entonces, así bajo el punto de vista religioso como bajo el político, el hecho de que Cárlos V, que en Alemania por consideraciones políticas habia tomado una actitud conciliadora, persiguiese enérgicamente á los luteranos en sus comarcas hereditarias. El emperador se proponia también reformar la Iglesia, cuyo régimen defectuoso reconocia; pero no queria que esta reforma partiera de abajo, es decir, de los monjes y de los seglares, sino que procediera de los mas altos poderes terrenales y canónicos y se llevara á cabo conforme á las formas tradicionales de la historia. Desde el año 1521 sucedieron sin interrupción en los Países Bajos los *placatos* que, con rigor siempre creciente, ordenaban la persecución y el castigo de los herejes; pero la misma frecuencia con que estas disposiciones se publicaban nos demuestra su poca eficacia. De la sangre y de las cenizas de los mártires ejecutados en medio de las mayores torturas salia un número cada vez mayor de creyentes. Las provincias bajas alemanas eran aquellas en que el espíritu claro y práctico de la población se inclinaba mas á la Reforma. Los pobres y atrasadas comarcas valonas que vivian sujetas á la soberanía de los grandes señores feudales, y que estaban habitadas por una raza romana, se mantenian fieles á las antiguas creencias. Solo las florecientes ciudades comerciales de Tournai y Valenciennes, á causa de sus relaciones con las provincias septentrionales, contenian un gran número de protestantes. En 1522 reorganizó Cárlos V, en los Países Bajos, la olvidada Inquisición que fué sancionada en 1523 por el Papa. Desde entonces, ambos príncipes nombraron inquisidores generales amovibles para la nacion, é inquisidores especiales para las provincias (3). La dureza de la persecución llevó al ánimo de una gran parte de los herejes, especialmente de los de la clase baja, la convicción entusiasta de la necesidad de una revolución no solo religiosa, sino política y moral. Desde el año 1525, encontramos en Holanda y en la Frisia numerosas agrupaciones adictas á la secta de los anabaptistas, que, con gran fanatismo, levantaron la bandera de la revolución contra todo orden social y que, habiendo sido sojuzgadas, iban á morir en

(1) *Relacion de Leon Donato*: Alberi, I, VI, 426.

(2) Henne, *Historia del reinado de Cárlos V en Bélgica*, 10 tomos, Bruselas y Leipzig 1858-60. Ch. Rahlenbeck, *La Inquisición y la Reforma en Bélgica*, Bruselas 1857.

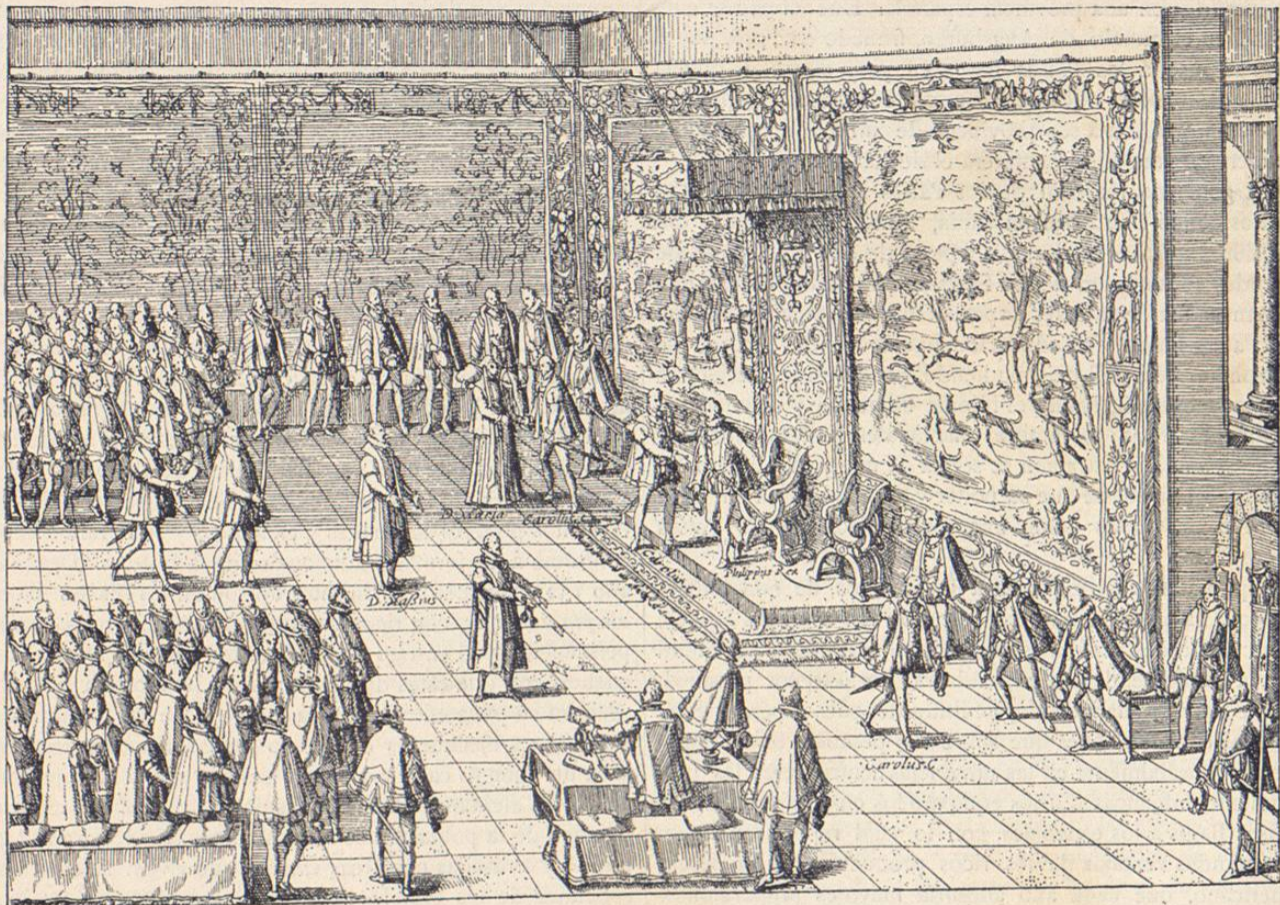
(3) Gachard, *Correspondencia de Felipe II*, I, introducción.

medio de los mas crueles tormentos, danzando y entonando cánticos. La toma de Munster, donde los anabaptistas holandeses desempeñaron un papel importante, puso fin á la conducta agresiva que seguían en su propia patria; pero sus doctrinas subsistian de suerte que hasta terminar el gobierno imperial fueron quemados centenares de ellos.

El furor de los inquisidores del Papa y del emperador era inútil: sus sangrientas persecuciones solo servían para exasperar á los protestantes y para hacerles odiar de muerte la dominación española, cuya destrucción debía ser el preludio del triunfo de sus doctrinas. Los inquisidores no se atrevían á presentarse en las grandes poblaciones, pues en ellas corría

peligro su vida. La resistencia que algunas autoridades oponían á los mandatos de los tribunales religiosos era invencible, tanto que Carlos V en 1550 se vió precisado á sacrificar en aras del amor que hacía la libertad sentían los brabantinos por lo menos el nombre de la Inquisición, aunque subsistieron el hecho y las personas. Los protestantes de los Países Bajos emigraron á millares á Inglaterra, donde se respetaban sus creencias, y donde lograron establecerse sólidamente gracias á su aptitud industrial y mercantil.

Durante el reinado de Carlos V no estalló, sin embargo, ninguna sublevación importante, pues Carlos seguía siendo, siempre el soberano nacional.



Abdicación de Carlos V.

No aconteció lo propio con su hijo.

Felipe era de mediana estatura, mas bien bajo, y de fuerte y robusta constitución; su fisonomía era regular, su frente bella y espaciosa, su rostro blanco, su nariz proporcionada y sus ojos grandes y azules; solo su boca era grande y estaba desfigurada por el labio bajo que distinguía á todos los de la casa de Habsburgo; su cabello era rubio y brillante, como herencia de sus abuelos alemanes. Tomaba parte en los torneos y se dedicaba á la caza, ejercicio que le habían recomendado los médicos. Esto no obstante, disgustábale todo movimiento corporal, para el cual tenía poca aptitud, y prefería en la soledad de su gabinete conversar con algunas de las pocas personas de su intimidad sobre cuestiones públicas y privadas (1). En vano procuraba dominar su natural carácter y parecer amable, franco y liberal ante los que un día habían de ser sus súbditos. Sus liberalidades eran forzadas y desagradables, de suerte que á pesar de ellas era califi-

(1) *Relacion de Marino Cavalli* (1551); Alberi I, II, 217.—*Relacion de Federico Badoero* (1557): Alberi III, 233.

cado por todos de avaro. Imposible le era amoldarse á las costumbres de los italianos, alemanes y flamencos, y cada día dominaba mas en él la preferencia hacia España y hacia la vida española, con gran descontento de las demás naciones. A los alemanes y á los flamencos no sabía hablarles en sus respectivos idiomas, y su traje era siempre español. En medio de los ruidosos festejos y de las fingidas muestras de general regocijo, conservaba siempre su grave apostura, su seria y malhumorada fisonomía, en una palabra, su continente, que tan mal se avenía con el de los alegres habitantes de los Países Bajos. Mientras brillaban las iluminaciones en señal de regocijo, y las inscripciones de los arcos de triunfo señalaban el futuro reinado de Felipe como la edad de oro, el corazón del pueblo se desviaba de un príncipe que no tenía nada de lo que á los habitantes de los Países Bajos caracterizaba, y cuya vida y tendencia tanto se apartaban de las de los flamencos.

El emperador Carlos, aunque conocedor profundo de los hombres, dejóse alucinar demasiado por el amor que profesaba á su hijo y por la ambición de gloria para su dinastía,

que le hicieron creer que la presencia de Felipe en Alemania serviría para vencer la antipatía que los alemanes sentían hacia la dominación española. A este fin dirigióse con él al *Reichstag*, ó Dieta del reino, que en el verano de 1550 debía reunirse en Augsburgo. Su intento, sin embargo, fracasó por completo; pues no pudo inducir á su hermano Fernando, rey de Romanos, á que renunciara á la sucesión del Imperio, á la cual venía llamado por la ley, ni conseguir de los electores que eligieran por soberano á otro que no fuese alemán, como lo era ya Fernando por su larga permanencia en Alemania. Felipe además se hizo personalmente antipático á los alemanes, como poco antes se lo había hecho á los flamencos. En vano, venciendo su acostumbrada sobriedad, procuró no ir á la zaga á los alemanes en punto á beber; el aire frío y altanero que tomó delante de los orgullosos príncipes del reino le enemistó desde luego con ellos. Contábase en Alemania que Felipe había dicho que era mas grande que su padre, porque este era simplemente hijo de un rey y él era hijo de un emperador. Carlos por todo esto tuvo que renunciar al plan que había concebido de hacer que su hijo le sucediera en el Imperio.

Aquel viaje ensanchó las miras de Felipe ofreciéndole enseñanzas altamente provechosas; pero esta fué la única ventaja que reportó de su ausencia por espacio de tres años de España, habiendo en cambio fracasado su principal objeto; pues su presencia en los Países Bajos y en Alemania lejos de estrechar mas las relaciones entre el príncipe y los súbditos que tenía su padre fuera de España, contribuyó á aumentar la antipatía y enemistad que entre estos y aquel existía. Felipe se apresuró á salir de Augsburgo y á dirigirse, sin detenerse, á España, donde se sentía mas á su gusto y cuyo gobierno le fué entonces por completo confiado. Las derrotas que en los siguientes años sufrió su padre en Alemania hicieron para siempre imposible el imperio de Felipe.

Pero Carlos V, en su ambición insaciable, había querido indemnizar á Felipe de la pérdida de Alemania con la posesión de Inglaterra (1).

Mientras pareció probable que María Tudor se viese excluida de la sucesión al trono, por la guerra que le hacía la fracción de Northumberland, y hasta privada de su libertad, mantúvose Carlos cuidadosamente alejado de su trato; sus emisarios, apenas si se atrevían á alternar con ella en público, de suerte que los mismos ingleses veían con disgusto la frialdad con que el emperador trataba á su sobrina. Carlos esperó tranquilo hasta que tres meses despues de haber triunfado la causa de María, tuvo efecto la ceremonia de su coronación: entonces se despertaron en él los sentimientos de familia, y encargó á su astuto representante diplomático en Londres, Renard, oriundo de los Países Bajos, que sin pérdida de tiempo negociara con la reina un matrimonio entre ella y Felipe. Para conseguir su propósito, contaba con la influencia de la religión y del parentesco que unían á María y á Felipe. Entre tanto, este solicitaba la mano de una segunda princesa portuguesa, lo cual no inspiraba cuidado alguno á la corte imperial y española, pues solo se cuidaba de mantener á los portugueses en la ilusión de llevar el plan á feliz término, hasta que se hubiesen concluido las negociaciones con Inglaterra.

El matrimonio que menos podían desear los ingleses para su reino era el tratado con un príncipe español; pues por sus costumbres y tradiciones la nación española era aquella á

(1) Ranke, *Historia de Inglaterra*, tomo I.—A pesar de su apasionado protestantismo, es notable en este punto, por haber bebido en buenas fuentes de investigación, la *Historia desde la muerte de Wolsey hasta la de Elisabeth*, de J. A. Fronde, tomo VI (Reinado de María).

que mas odiaban los de Inglaterra. Los mismos católicos ingleses, como el obispo Gardiner de Winchester, trataron de inducir á la reina á que se casara con un gran señor inglés; pues el patriotismo podía en ellos tanto como los intereses religiosos. El Parlamento, tan dócil siempre, y especialmente la Cámara baja, declaróse decididamente contrario á la alianza con España. Pero María deseaba casarse; su orgullo de Tudor desechaba todo lo que no fuera enlazarse con un monarca reinante, y entre estos ninguno había que por sus sentimientos y preponderancia pudiera igualarse con el futuro rey de España. La resistencia de todo su pueblo avivó en ella la tenacidad que había heredado de su padre, y la oposición no hizo mas que robustecer sus propósitos.

Las negociaciones matrimoniales tomaron muy pronto un carácter mas íntimo y en enero de 1554 llegó á Londres procedente de los Países Bajos una fastuosa embajada, á cuyo frente se encontraba el noble y espléndido conde de Egmont, para firmar el contrato de matrimonio.

Cierto que las cláusulas en él contenidas eran de tal naturaleza, que por de pronto Felipe solo podía ejercer en Inglaterra una influencia indirecta; pues se tomaron todas las precauciones para impedir que ningún español, ni el mismo esposo de la reina, pudiese ejercer cargo alguno en el país; pero ¿quién podía responder de que una vez casado Felipe con María respetase tales limitaciones?

Este temor asaltó á todos los patriotas ingleses sin distinción de creencias religiosas; y los protestantes, temiendo por su secta, se preguntaban asustados si el hijo que tuvieran Felipe y María proseguiría ó no la encarnizada persecución contra la Reforma. Una conjuración vastísima que contaba con el apoyo de Francia fué descubierta por la delación de un conspirador; pero á pesar de esto los hombres de Kent, provincia del Sudoeste del reino, atrevidos propietarios rurales y agricultores libres, adictos á las nuevas doctrinas y animados por odio mortal contra los españoles, se levantaron en armas conducidos por Sir Tomás Wyatt, y muy pronto se unieron á los sublevados las milicias, reclutadas á toda prisa. Sin encontrar resistencia alguna, llegaron los sublevados hasta los arrabales de Londres, hasta las orillas del Támesis; en tan crítica situación, hubo quienes aconsejaron á María que huyera; pero por las venas de la reina circulaba la audaz y orgullosa sangre de los Tudor; así es que se negó á emprender la fuga, tranquilizó á los habitantes de la ciudad, armó á una parte de ellos y llamó de todo el reino á las tropas y á los nobles adictos con su gente. Wyatt, que no tenía condición alguna de general, perdió un tiempo precioso en infantiles demostraciones; hasta que por último sus enemigos dejaron que con algunos centenares de hombres penetrara en la City, en donde fué cercado y hecho prisionero. El resto de los sublevados se disolvió.

A raíz de estos sucesos se constituyó un tribunal de sangre, exigiendo y consiguiendo Renard que la reina consintiera en la ejecución de la infeliz Juana Grey, que á pesar de todos los halagos y las molestias, murió fiel á las doctrinas protestantes, y en la del esposo de esta Guilford Dudley (marzo de 1554). Los obispos protestantes hechos prisioneros, Cramer, Latimer y Ridley fueron quemados vivos; millares de sublevados fueron reducidos á prisión, de suerte que los templos hubieron de ser utilizados como cárceles, conteniendo uno de ellos 400 presos. Wyatt, un gran número de otros caudillos y muchos centenares de rebeldes, fueron decapitados ó llevados á la horca.

Solo despues de haber titubeado mucho, decidióse Felipe á dirigirse á país tan peligroso, y en julio de 1554, muy tarde para la impaciencia de María, desembarcó en Inglaterra.

Felipe contaba entonces 27 años y, á pesar de su pequeña

estatura, era un hombre bello y agradable: en Inglaterra encontróse con su novia que tenía 11 años más que él. María era de pequeña estatura, de constitución vigorosa, y de rostro simpático (1): durante su juventud había sido tenida por bella; pero los años, las enfermedades y los disgustos que por tanto tiempo le había causado la humillación de que había sido objeto, habían surcado su rostro de arrugas. Estaba pues prematuramente envejecida, y era enfermiza, grave, miope, de mirada dura y sombría y de voz un tanto varonil; en una palabra, sus condiciones no eran las más á propósito para inspirar amor. Felipe, que por gusto se hubiera casado con la portuguesa, y que de mala gana había consentido en la alianza inglesa que le había propuesto el emperador, no pudo encontrar grandes atractivos en su esposa. Esto no obstante, hizo lo posible para parecer marido sensible y afectuoso é imitador de las costumbres inglesas, con lo cual logró atraerse las simpatías de los ingleses, cosa tanto más notable, cuanto que estos le habían manifestado gran desconfianza.

La inusitada amabilidad que en aquella ocasión desplegó Felipe debióse en gran parte al consejero Ruy Gomez de Silva, que era entonces el principal depositario de su confianza. Este portugués, de linaje algo humilde, había sido paje de la emperatriz Isabel, y conocido con este motivo á Felipe desde sus primeros años. Por su genio amable y franco, por su conducta moderada, bajo de la cual ocultaba hábilmente su ambición y su codicia, conquistóse las simpatías de todos y especialmente las del joven príncipe que le amaba cuanto le era dado amar y que le concedía toda su benevolencia. Ruy Gomez era afable y conciliador, y su influencia, que era la única que, al decir de los observadores, podía algo con Felipe (2), contribuyó sin duda poderosamente á la conducta hábil que el príncipe observó en Inglaterra.

De esta suerte consiguió Felipe adquirir allí una autoridad tanto más apreciable cuanto mayor era la desconfianza que á los ingleses inspiraban los extranjeros. Para elevarle más, Carlos V había concedido á su hijo la plena soberanía del reino de Nápoles y del Principado de Milán, con lo cual pudo presentarse á la reina de Inglaterra como un igual suyo. Cuanto mayor era el cuidado que ponía en cumplir las pesadas condiciones del contrato matrimonial, cuanto más incondicionalmente se sometía á la voluntad de la reina y de sus ministros, tanto mayor era la confianza que en él se ponía, y tanto más frecuentes se le presentaban las ocasiones de ir ganando importancia. Su influjo en el gobierno, por un lado, y por otro su repentina popularidad fueron en gran parte causa de los rápidos progresos que, con acuerdo, por lo menos aparente, del quebrantado Parlamento, hizo la reacción religiosa.

Durante la primavera de 1554 el Parlamento se había negado todavía á sancionar los dos puntos esenciales en que insistía la reina, á saber: el restablecimiento de la autoridad del Papa y el de las antiguas leyes contra los herejes. Esto demostraba claramente hasta dónde la mayoría del país pensaba seguir á la reina; es decir, que se admitía la fe católica, pero á lo más en débil alianza con Roma y tolerando las oscilaciones de los últimos años. Sin embargo, bajo el influjo de la corte española, las clases gobernantes de la nación inglesa consintieron en algo más: bajo la condición de que los bienes eclesiásticos confiscados quedarían en lo porvenir siendo propiedad de los entonces poseedores, restablecieronse á fines de 1554 y á principio de 1555 así la supremacía

(1) *Relación de Juan Micheli* (1557); Alberi, I, II, 322.

(2) En vez de Ruy Gomez, llamábanle Rey Gomez; *Relación de Fed. Badoero*, pág. 240.

religiosa del Papa, como los antiguos estatutos contra los herejes. Estas no fueron vanas palabras, pues en Inglaterra y en las islas de ella dependientes fueron quemados gran número de protestantes, llegando á trescientas las víctimas de la persecución religiosa. Por otra parte, las ejecuciones se multiplicaban; pero en Inglaterra se escogía con cruel tacto á los hombres más influyentes, á los jefes y caudillos de la Reforma. María, que adoraba en su esposo la personificación de la vida española, había heredado de su madre el siniestro y feroz fanatismo de los españoles. Personalmente no se le podía dirigir por ello ningún cargo, pues consideraba de derecho extirpar con fuerte mano la mala yerba, á fin de salvar de la perdición eterna al pueblo cuya dirección le estaba confiada. Otra cuestión es la de si obraba políticamente bien ó si desconocía por completo los sentimientos de su pueblo. Por lo demás, si en este el protestantismo obtuvo una completa victoria, debióse en gran parte al horror que inspiraron las sangrientas llamas de las hogueras de Smithfield.

Esto no obstante, el Pontificado había obtenido un triunfo brillante; la tercera potencia de Occidente había sido de nuevo conquistada para el catolicismo. Graves peligros amenazaron entonces al protestantismo que solo en Alemania, Suiza y Escandinavia vivía, y eso llevando una existencia en extremo trabajosa. Los mismos hombres que, llenos de valor y confianza en Dios, seguían las huellas de Calvino, se desanimaban y veían que la misión de los protestantes se encontraba con una gran resistencia.

Toda la Europa creía que tal éxito se debía principalmente á Felipe de España; el triunfo de la política católica española pareció completo, cuando por entonces María, que amaba apasionadamente á su esposo, creyó poder alimentar la esperanza de tener sucesión, asegurando así para lo porvenir sus designios y los de Felipe y el Papa. El Parlamento confió á Felipe la regencia para el caso de que llegara aquel acontecimiento tan esperado que por algún tiempo debía imposibilitar á la reina de dirigir los públicos negocios. No solo en Inglaterra, sino en los Estados de Carlos V, se preparaban públicos regocijos (3). ¡Cuán poco debían durar tales esperanzas! ¡Cuán pronto vio María cambiar desgraciadamente su suerte! La aparente preñez de la reina no era más que una hidropesía. Con angustioso cuidado, María alimentaba aun la esperanza de que algún día podría dar un heredero al trono; pero no así Felipe que conocía la imposibilidad de tan fausto suceso y veía en la cercana muerte de su esposa la destrucción de todos los planes que había concebido en Inglaterra (4). No sentía Felipe verdadero amor hacia su esposa, como lo prueba el que su confidente Ruy Gomez escribía á España: «La reina es buena cosa, pero más vieja de lo que se nos había dicho.» El príncipe español no tenía porvenir alguno en Inglaterra en el caso de no tener hijos; pues los Comunes se negaban tenazmente á reconocerle como rey de Inglaterra, en caso de que muriera María sin sucesión. La violencia que había de imponerse Felipe respecto de la reina y de la vida inglesa mortificaba su orgullo y su carácter sombrío; así es que á pesar de todos los cargos que le hizo María, salió en agosto de 1555 para los Países Bajos.

El fin de María de Inglaterra se acercaba rápidamente: el alejamiento de su esposo la consumía, pues á la frialdad que para con ella mostraba debían agregarse las noticias que á sus oídos llegaban de las galanterías que prodigaba á otras

(3) Motley, *Elevación de la república holandesa*, I, II.

(4) Maurenbrecher, *Inglaterra durante la época de la Reforma*, Dusseldorf 1886, pág. 57.

mujeres. La triste solución de lo que ella creía preñez excitó el ridículo sobre su persona: la dureza con que había perseguido á los protestantes atrajo sobre estos las simpatías aun de aquellos que hasta entonces se habían mantenido fieles á las antiguas creencias, y sobre estos y sobre la «sanguinaria María» recayó el odio general.

Algunos católicos ingleses vieron con tristeza el curso que tomaban las cosas: el mismo legado del Papa, aquel cardenal Reginaldo Pole, descendiente de reyes, que había sido llamado del destierro y nombrado arzobispo de Cantorbery, procuró suavizar el rigor de la persecución. Muchos miembros del Consejo privado protestaron contra el excesivo celo religioso de la reina, y los mismos Carlos V y Felipe se expresaron en este sentido. Pero todo fué en vano: María, desesperada por la infidelidad de su esposo, arrojóse en brazos de una devoción fanática, acordando devolver á su antiguo destino los bienes de los conventos, que eran entonces propiedad de la corona. Esto levantó gran oposición, pues se decía que los bienes de la corona no pertenecían á los reyes sino al Estado, además de que en esto se veía el primer paso dado hacia la confiscación de los bienes religiosos que eran propiedad de los particulares. De aquí resultaron sublevaciones en todas partes. La ley fué aprobada por una exigua mayoría, y ésta debida á la presión que ejercía el gobierno, y fué recibida con grandes muestras de descontento. Algunos lores poderosos llegaron á decir que conservarían los terrenos de los conventos mientras ciñesen una espada. Con esta cuestión estaban enlazados los intereses de más de 40,000 familias.

A esto debe añadirse que en punto á política exterior, María se mostró constantemente poco hábil.

Felipe II, por lo demás, había sabido encontrar abundantes pretextos para justificar una ausencia que tanto apenaba á su esposa.

Las importantes derrotas que Carlos V había sufrido durante los últimos años en sus luchas con los franceses y con los protestantes alemanes, habían hecho que tomara en su mente mayores proporciones la idea, hacia tanto tiempo acariciada, de abdicar el trono en favor de su hijo. Además, al comenzar el año de 1555 murió su madre Juana, en cuyo nombre había gobernado á España, y cuya vida era un obstáculo para que Felipe pudiera ser coronado soberano de este reino. Apenas Felipe hubo salido de Inglaterra y llegado á Bruselas, convocó el emperador á los Estados de las 17 provincias, y con gran pompa y delante de ellos cedió á su hijo la soberanía de los Países Bajos (25 de octubre de 1555). Con pena fué oída la manifestación hecha por el emperador, que á la sazón contaba 55 años, de que los cuidados y las enfermedades de toda clase habían agotado sus fuerzas y le habían hecho concebir la idea de poner término á su afanosa y brillante carrera política; y esta pena nacía de la convicción en que todos estaban de que la dominación de un príncipe á quien no querían les reservaba un triste porvenir. Pocos meses después, en 16 de enero de 1556, publicó, en Bruselas también, los documentos en virtud de los cuales abdicaba en favor de su hijo don Felipe los reinos de León, Castilla y Aragón.

Hecho esto, retiróse Carlos al monasterio de jerónimos de Yuste, que se alzaba en las pintorescas montañas del Norte de Extremadura, donde vivió con gran sencillez, no exenta, sin embargo, de cierta pompa régia (1). Pocos soberanos supieron comprender tan bien como éste los encantos

(1) Gachard: *Retiro y muerte de Carlos V*, 3 tomos, Bruselas 1854-1855. Mignet, *Carlos V, su abdicación y su permanencia en el monasterio de Yuste*, 5.ª edición, París 1862.

que ofrece el terminar su vida en medio de la tranquilidad. Ciertamente Carlos estaba enterado de cuanto acontecía en el mundo; cierto que daba sabios consejos á su hijo; pero no hizo nada para recuperar siquiera una parte de la soberanía que á este había transmitido.

Felipe II se vió, pues, al frente de un extenso reino, que ponía á la disposición de su soberano los recursos de tres partes del globo, príncipe de innumerables países, cada uno de los cuales había ocupado en el mundo un puesto respetable (2). Este soberano, el más poderoso de cuantos en aquel tiempo reinaban, era un joven de veintiocho años, de débil cuerpo, reservado, pensador, de apariencia tímida, sencillo en su vestir, y aficionado en gran manera á los placeres de la mesa y del amor. No puede decirse que sus contemporáneos esperasen gran cosa de él. Trabajaba mucho y estudiaba muy detenidamente todos los asuntos, así de interés público como privado, que á su consideración se ofrecían, y en sus decisiones se mostraba tardío y parecía enemigo de todo proceder precipitado. Junto con Ruiz Gomez, á quien había hecho conde de Melito, consejero de Estado y ministro de hacienda, y cuya influencia atendía en alto grado, había también alcanzado gran consideración el obispo Antonio Perrenot de Granvella. Este, hijo de un antiguo ministro de Carlos V, á pesar de su juventud relativa, pues había nacido en 1517, estaba encargado desde hacía diez años de los asuntos más importantes del trono español; y era un hombre de Estado atrevido, decidido, fiel,

(2) Varios son los biógrafos contemporáneos de Felipe II: el primero de ellos es Cabrera de Córdoba, cuya *Historia de Felipe II* apareció *in folio* por vez primera en 1619, á pesar de que el permiso para imprimirla nos demuestra que debió de estar ya terminada en 1615. Hasta hace poco, solo se conocía la mitad de esta importante biografía; pero en los años de 1876 y 1877 publicó en Madrid el conde de Toreno una nueva edición en cuatro tomos en cuarto, que comprendía toda la obra, completada hasta la muerte de Felipe, con arreglo á varios manuscritos de Madrid y de París. Este trabajo nos pinta al rey en todos sus actos en alto grado justiciero: Cabrera fué el historiógrafo oficial de Felipe II y de Felipe III. Para convencerse de los esfuerzos que hizo para presentar al rey bajo tan favorable aspecto, no hay sino examinar, entre otros, los episodios relativos á la muerte de Escobedo y á la persecución de Antonio Perez (libro XII, capítulo 3). La obra está cuidadosamente revisada y adicionada con una porción de noticias y de cartas, y contiene multitud de datos y de comentarios que no se encuentran en otra parte. El segundo de los biógrafos fué Antonio de Herrera, que publicó una *Historia general del mundo*, desde 1554 hasta 1598, cuyas dos primeras partes, terminadas en 1599, se publicaron en Valladolid en 1606, y la tercera, que estaba terminada ya en 1608, vio la luz pública en Madrid en 1612. Esta obra, muy importante bajo el punto de vista de los detalles militares y personales, debe ser leída con mucho cuidado en lo que de carácter general contiene, á causa de su exagerado espíritu de partido; pues su autor no titubeaba en ocultar ó tergiversar todos los hechos que pudieran redundar en mengua de Felipe II ó de los españoles. La biografía de Felipe II de Watson (traducción alemana de Donatus, Lübeck 1778, 2 tomos) tampoco es utilizable. La *Historia del reinado de Felipe II*, de Williams H. Prescott (primera edición, Boston, 1855) es, por desgracia, incompleta; su autor estudió para escribir los archivos y bibliotecas, entonces poco conocidos todavía, pero en muchos puntos se conoce que ó no estudió con bastante fundamento ó se fió de los estudios hechos por otros. Esto no obstante, su obra, teniendo en cuenta la época en que fué escrita, puede decirse que es el fundamento de posteriores investigaciones; y además de ser imparcial, está escrita bajo las reglas de la sana crítica histórica, y con gran elegancia en la forma. El biógrafo más moderno de Felipe II, H. Forneron (*Historia de Felipe II*, París 1881 y 1882) no cumple perfectamente lo que su título promete; pues no solo no examinó los archivos, no estudiados todavía, sino que no domina suficientemente la literatura del asunto; además no nos presenta al rey en medio de los acontecimientos, sino aislado y como el inspirador y director único. Las grandes ideas y pasiones de la época, el estado y los esfuerzos de los pueblos, son cosas que descuida demasiado. Esto no obstante, Forneron es un escritor de talento, en quien sería de desear un poco más de cuidado y una meditación más profunda del asunto que trata.